

na, nunca se consideró virtud, sino delito. Se habla, pues, de diversiones lícitas, á las cuales se fija un propósito de beneficencia.

Hé aquí lo que se puede contestar, por lo que hace á éstas:

A poder prescindir de la fé cristiana y tratar sólo de bondad natural, no podría censurarse á los que á una lícita diversion agregasen el objeto de proporcionar algun alivio á los necesitados. Habria en esto un acto de bondad natural, que hacer podría tambien un gentil y áun un deísta.

Mas si no se abstrae la fé cristiana, como no se puede hablándose de personas católicas, en la limosna hecha de aquel modo hay muchos inconvenientes. La caridad entre los cristianos, como nadie ignora, es virtud que procede de Dios; ayudada y constituida en nosotros por la gracia, no es diversa en su especie del amor que á Dios profesamos: ejercer esta virtud bailando, riendo y armando zambras puede con justicia reputarse una profanacion. Ni vale decir que no siendo pecado las diversiones honestas, pueden referirse á fin sobrenatural áun por los cristianos; porque si esto puede acaecer tratándose de algunas diversiones indiferentes por su naturaleza, no cabe decir lo mismo de las que, si no son pecaminosas, están expuestas ciertamente á peligros. Podrá pasar una lotería en favor de los pobres, por no ser mala en sí, ni expuesta tampoco á peligros; pero ¿serán igualmente tolerables un baile, una representacion teatral y una tertulia de lujo, como se usan en nuestros dias? ¡Cómo! La Iglesia, los Doctores y los Santos, fundándose en el Evangelio, hacen todo lo posible á fin de alejar á los fieles de aquellas funciones, porque con frecuencia inducen al pecado, siendo siempre peligrosas, y no sólo juzgais deber rendiros á todas aquellas insinuaciones, sino que protestais que intervenís en ellas por amor á Dios y al prójimo. Expresad con palabras lo que realizais con los hechos, y advertireis toda su inconveniencia. Decid: Señor, esta noche me vestiré de punta en blanco, presentándome con todo lujo y con las galas posibles;

pero lo haré por vuestro amor.—Yo, dirá otro, danzaré muchas horas, y, si es preciso, toda la noche; pero me consumiré de fatiga por vuestros pobres.—Yo, Señor, por los pobrecitos gozaré las delicias de una música y de un espectáculo, que, despues de todo, será lo que será; pero por Vos, invertiré aquellas horas. Algunas, con el fin de hacer más fervorosa su oracion, pudieran acaso añadir:—Señor, iré yo descotada esta noche cuanto lo pretende la moda, dejándome requebrar por los jóvenes todo lo necesario para no ser llamada soberbia ó escrupulosa; pero ya se sabe que lo haré para mayor gloria vuestra y por el amor encendidísimo que profeso á mi prójimo. Ahora bien; si tales son las circunstancias que generalmente acompañan aquellas diversiones, haciendo que la Iglesia las combata tanto, ¿no os parece una befa muy amarga cubrir las con el manto de la caridad, viniendo, no sólo á cohonestarlas, sino á defenderlas como inocentes y acreditarlas como un acto de la virtud más excelsa del Cristianismo, cual es la caridad, todo á despecho de la Iglesia santa?

Ni sirve decir que tomais aquellas diversiones en el modo y medida que puede ser lícito á un cristiano; porque, áun admitiéndolo, á pesar de que la cosa no es fácil, nunca podreis conseguir que aquella clase de diversiones no sea para la generalidad peligrosa, segun la opinion comun de los Santos, debiendo en su virtud desaconsejarse altamente. Ahora bien: en tanto sean tales, y mientras dure la desconfianza de la Iglesia santa, no las podreis tomar como materia y ocasion de obras buenas sobrenaturales, como lo son la limosna y la beneficencia entre los católicos. Se comprende, y es cosa santa, que, ofreciéndola á Dios, convirtais en buena una obra indiferente por su naturaleza; pero no se alcanza que tomeis una en sí misma peligrosa, no precisa, y por el contrario desaconsejada por la santa Iglesia, pretendiendo convertirla en buena y cambiar su naturaleza sólo haciéndolo por Dios.

Además, quien ejercita la beneficencia como cristiano, por motivos de caridad, no da verdaderamente

ramente al pobre, sino en éste á Jesucristo, que amorosamente se halla escondido en él. En su virtud, da con rendimiento de gracias, por juzgarsele digno de dar; da también con humildad, ternura de afecto, y casi añadiré reverencia interior, á la persona de los pobres, por lo que representan. Empero la caridad que baila, ostenta galas y se divierte, ¿irá nunca en compañía de tan nobles sentimientos? Todo lo contrario. Quien así se ocupa en beneficencia, tiene todos los aires de buscarse sólo á sí mismo, puesto que se propone, ante todo, su satisfaccion y su contento. Es verdad que, si después de obtenido ésto, subsiste algo, echa lo sobrante á Jesucristo; mas cada uno ve hasta qué punto puede ser noble y generosa semejante manera de obrar. El espíritu de Jesus movia en otro tiempo á los fieles á privarse, no sólo de las diversiones, sino también de ciertas comodidades, á fin de hacer ahorros en favor de los pobres; la nueva caridad procura disponer diversiones y entretenimientos, á fin de que para los pobres quede, á lo ménos, algun residuo. En verdad que no vemos huella de semejante virtud novísima en los fastos de la santa Iglesia. En ellos aparece bajo formas variadísimas, pero nunca se ve bajo ésta. La caridad remedió las necesidades de los esclavos, de los sanos, de los enfermos, de los jóvenes, de los viejos, de los abandonados, de los dementes, de las almas y de los cuerpos con instituciones tan difundidas, que, por decirlo así, llenaban la Europa entera; pero ¿quién la encontró nunca en compañía de los bailes y de las representaciones teatrales? Será necesario decir que nuestro siglo abunda en caridad sobre todos los precedentes, ó que háse añadido al Evangelio algun apéndice que no conocian los antiguos;

A la verdad, los efectos que producen en este mundo dicha clase de buenas obras, son sólo escándalos y profanidad. En el ejercicio de la caridad, los fieles que retuvieron el espíritu de Jesucristo, hallanse acostumbrados á ver en práctica todas las virtudes cristianas; la privacion de los propios bienes

es, la mortificacion de sí mismo, el espíritu de sacrificio, la humildad, la mansedumbre y la benignidad hacia el prójimo, así como á ver fundadas todas estas virtudes sobre la fé viva en las palabras de Jesucristo; aquí, por el contrario, campea el amor á sí propio y el estudio de las personales satisfacciones; unido al lujo, que es fónes de soberbia; si existe alguna privacion por los gastos que se sostienen, se sufre en beneficio propio, y no por los pobres.

Me consta que algunos y algunas replican que en tales pasatiempos no salen poco ni mucho de los justos límites, porque toman todas las precauciones necesarias, y emplean toda la moderacion de su espíritu. Réplico que, aun cuando fuera verdad que algunos y algunas removieran hasta la sombra del pecado, ordinariamente no es así; que en lo expuesto de suyo caen no pocos; que con más frecuencia caen en nuestro caso los muy ávidos de placeres, como lo son los de quienes hablamos; y, por último, que, aun cuando saliesen ilesos del todo, siempre resulta que con su ejemplo acreditan una costumbre contraria al espíritu de Jesucristo y á la práctica de la Santa Iglesia, trasformándose aquélla en un verdadero escándalo para los fieles.

Mas si es así, ¿por qué dicha costumbre está en el mundo tan en boga? Várias son las razones; hé aquí las principales. Por desgracia, el conocimiento del verdadero espíritu de Jesucristo se va eclipsando en muchas almas, tan dominadas por el espíritu del mundo, que ya no llegan á discernir lo conforme de lo disconforme con el Cristianismo. Otros aceptan con avidez tales formas para responder óptimamente á su corazon. Por una parte se sienten sin valor para renunciar á todos los pasatiempos con que brinda el mundo, y por otra, abrazándolos, no quedan libres de ciertos remordimientos que aún hace sentir la fé. Cubren ahora las diversiones con la máscara de la caridad, quedando en su virtud ahogado el remordimiento y gozada la fiesta. La cosa, por otra parte, sirve perfectamente á ciertos mundanos que se consumen de celo para

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.M.

conducir á las diversiones á los que sienten en ellas noble repugnancia. Exhortan á las almas buenas en nombre de la caridad, cayendo víctima del engaño más de una. Si pudiese yo darles un consejo, les diría que prescindieran de una vez de todas estas hipocresías, ú obrasen á lo ménos como cristianos leales. Si quereis divertirlos, divertíos; si quereis bailar, bailad; si quereis resplandecer por medio del lujo, resplandeced por medio del lujo; y cuando querais hacer caridad, hacedla; pero, por merced, no más fingimientos ó hipocresías, que á nada bueno conducen. Engañaros á vosotros mismos es imposible, porque habla alto y claramente la conciencia; persuadir á los otros es más difícil todavía, porque todos conocen bastante lo que vale tal especie de caridad. Si Dios no ha de premiaros como caritativos, no habrá de castigaros como mundanos, ni por añadidura como fingidos, escandalosos é hipócritas.

III. Por último, la caridad extiéndese tanto en ciertas personas modernas, que *aun á las bestias arriba*. En su virtud, fundan numerosas sociedades para proteger á los animales, piden medidas de rigor contra los que los maltratan, y hasta tienen hospitales donde curan á gatos, perros ó caballos enfermos. Ahora bien: ¿qué decís de todas estas solitudes? Paréceme que semejante solicitud sólo puede calificarse de bestial.

Por poco que valgan los hombres á los ojos de los aludidos, valdrán algo más que las bestias. Ahora bien: cuando piensan en proteger á los animales, ¿han protegido ya bastantemente á los hombres? ¿No tienen ya pobres que sostener, enfermos que asistir, abandonados que recoger, viudas y pupilos que alimentar é instruir, necesitados, en fin, de todo género, á los cuales proveer? ¡Ah! Como aún exista una miseria humana sobre la que derramar el bálsamo del consuelo y del alivio, paréceme que deberfase anteponer á la proteccion de los animales. Ahora bien: ¿ved qué coincidencia tan extraña! La Inglaterra, país donde al lado de la riqueza más desmesurada encuéntrase la pobreza

más desoladora, es propiamente la que inició esta caridad «animalesca;» al paso que deja consumirse sobre una yacija peor que una perrera á familias enteras de irlandeses, procura con inmensa solitud abrir hospitales para la curacion de las bestias: ¿puede hallarse cosa más ridícula y más bestial, por no decir algo peor?

¿Habrán de ser las bestias inhumanamente tratadas sin que nadie las defienda y reconozca sus derechos? Esta es otra cuestion, que nada tiene que ver con la en que nos ocupamos. Aunque no han de ser maltratadas las bestias, son inoportunas por todos conceptos las sociedades que las protegen. El hombre no debe maltratar á las bestias, porque no puede, segun razon, proceder cual un loco, y dejarse arrastrar de los movimientos desordenados de su espíritu. No ha de maltratarlas, porque es bueno para el hombre mismo que no encruelezca su corazon, y porque la lástima con respecto á los animales es para él una escuela de blandura. En fin, el hombre debe á sí, á su razon y al dominio que ha de conservar de continuo sobre su persona, no airarse, ni enfurecerse, ni mostrarse cruel contra un sér inocente.

Mas todo lo dicho no lo hace por deber moral que tengan los hombres relativamente á las bestias, ni por derecho que á éstas competa por lo que hace á los hombres; porque, como escribe Taparelli, si entre los séres irracionales y los hombres hubiera relacion moral, por la que los hombres tuvieran con respecto á aquellos deberes morales, tendrían igualmente derechos, como los animales tendrían deberes y derechos por lo que á los hombres respecta, lo cual es tan absurdo como atribuirles inteligencia abstracta y libertad. No existe, por tanto, deber moral sino con respecto á los séres morales. Podemos demostrarlo aun por otro camino. Todo deber nace del principio general, «obra el bien;» si tuviéramos deberes hácia las criaturas irracionales, estaríamos obligados á hacer el bien; mas su bien es su fin, esto es, cooperar al servicio del hombre; por consecuencia, el deber, por lo que hace á ellos,

sería realmente un deber respecto de los hombres, y nunca respecto de ellos.

Y que no juzgamos tener deberes con respecto á ellos, lo hacemos ver de continuo con el uso que de los animales hacemos. No todos los servicios que sacamos de las bestias son tales que sean para éstas agradables y suaves. Hacemos correr á los caballos, arar á los bueyes, y arrastrar peso á los borricos, sin tener en cuenta su fátiga ni su comodidad. Vejaciones les hacemos á veces sufrir peores que un bastonazo dado con mal talante por impaciencia. Tenemos cerrados en las jaulas á los pájaros, en las perreras á los mastines, á los peces entre vidrios, preocupándonos poco de la libertad. Peor aún; damos muerte á toda clase de animales domésticos y selváticos para descuartizarles y comérmolos sabrosamente. No creo que los más ardientes patrocinadores de los animales se conduzcan de otra manera que los que nunca pensaron en semejante patrocinio. «Mas aquí, responden, no hay cosa mala, ni se descubre crueldad, porque son hechos por la naturaleza (decid también por Dios) para este fin.» Está bien; pero confesais, por consiguiente, que las bestias no tienen por su parte derechos que ejercitar; y que si el hombre no debe mostrarse cruel contra ellas sin razón, es sólo porque Dios prohíbe todos los movimientos de iracundia y furor de que á veces se deja el hombre arrastrar bestialmente.

De lo dicho se debería inferir el modo razonable de proteger eficazmente á las bestias. ¿Quereis que nadie las golpee y atormente sin razón? Fundad asociaciones en las cuales imbuyais á los hombres la paciencia, la templanza y la moderación. Empeñaos para que se acostumbren á vencerse á sí mismos, á combatir los movimientos súbitos de la ira, y á dejarse guiar á lo ménos en todas las cosas por la razón, si no quereis decir por la fé: éste sería un medio eficaz de proteger á los animales. Sólo que vereis incontinenti que no es necesario de ningún modo fundar para ello asociaciones nuevas, bastando cumplir bien los estatutos de la muy antigua sociedad que se denomina el Cristianismo. Per-

suade á los hombres, y con razones de que nada tienen que ver con los derechos de las bestias, de que combatir contra sí mismos, y dominar las propias pasiones; además de enseñar á no robar, á no perjudicar y á no matar á los hombres, enseña, por añadidura, á no maltratar fuera de propósito á perros y caballos.

Por el contrario, si os ceñís á confundir vuestra caridad especialísima, correis el riesgo de no conseguir poco ni mucho. Como vuestros adeptos, á lo ménos en virtud de vuestras instituciones, no son apacibles, ni mansos, ni pacientes, no obstante su empeño de no maltratar á las bestias, apenas salgan un poco de quicio (y presupuestos los excelentes hábitos que han contraído les cuesta poco) corren peligro de maltratar igualmente á bestias y á cristianos, sin consideración alguna á la sociedad á que pertenezcan.

Mas dejando tales consejos, que por desgracia serán poco seguidos, y volviendo á mi camino, añadiré que reconocer derechos en los animales y deberes en el hombre relativamente á ellos, produce otro peligro en nuestros días, que no debe olvidarse. Como advierte un autor ya citado, la superioridad del hombre sobre las bestias fué una de las tradiciones primitivas que los extráviós de la humana razón ofuscaron primero, y destruyeron despues casi por completo entre las tinieblas del mundo pagano, que no sólo levantó hasta el cielo bueyes y cocodrilos, perros y cebollas indias, postrándose ante ellas hasta el fango del vulgo más tosco é ignorante, sino que indujo también á los «filosofastros» más célebres á divisar en los seres inferiores hombres transformados. De aquí la metempsicosis de Pitágoras, y las tradiciones indias. Ahora bien: estos errores del mundo pagano se van reproduciendo todos los días, á proporción que paganiza el protestantismo nuevo el mundo cristiano: quien no desconoce del todo lo que pasa hoy, sabe que aquí y allá se presentan de nuevo en Francia, y aún en Italia también, los mismos errores. ¿Es por consecuencia el tiempo actual tiempo de fundar socieda-

des y teorías que en cierto modo fortalecen tales conceptos, tan profundamente falaces, y pueden envolver en errores tan vituperables?

Al peligro de los perversos se une el escándalo de los verdaderos cristianos. Con su buen sentido de la fé, maravillosos que, al paso que son infinitas las necesidades que sufren míseros é infelices de toda clase, haya desocupados con tiempo y moneda que arrojar en pró de las bestias, así como con tan poco corazon y tan poco juicio que las antepongan á los aludidos en sus solicitudes. Maravíllanse de que, hallándose desatendidas ú olvidadas tantas obras de misericordia y de caridad inculcadas ó promovidas por la Iglesia santa, acepten aquellas instituciones que proceden del protestantismo, promoviendo con tanto amor. Ni su maravilla es fuera de propósito, por ser un desprecio y una burla que se hace del Cristianismo.

Si teneis absoluta precision de dar un desfogue á la sensibilidad excesiva de vuestro corazon, desplegando la ternura de la compasion, sea muy en hora buena; pero usadla de una manera más honrosa y más útil para el mundo. Proteged á los niños, tan recomendados por el Hombre-Dios; id á visitar á los pobres en los tugurios, á los encarcelados en sus prisiones, y á los enfermos en las casas particulares ó en los hospitales; pensad en socorrer á viudas abandonadas y llenas de hijos; en suma, recordando que los hombres son imágenes de Dios, y que en ellos ámase á Cristo, usad de vuestro corazon conformemente á su nobleza y á los mandamientos de Dios, el cual ha inculcado mil veces el cuidado de nuestros prójimos, sin recomendar una sola la proteccion de los animales: á no ser que alguno quiera que se cuente á los perros y á los caballos en el número de sus prójimos.

CAPITULO XV.

Suicidio y duelo.

I. La vida es un don, y no estoy obligado á recibirlo.—II. La vida es una desgracia, en ocasiones, que ninguno puede estar obligado á soportar.—III. El honor vale más que la vida.

No sólo á las virtudes cristianas, sino también á la misma ley natural, se oponen dos excesos gravísimos que ahora son comunes, de los cuales no se puede dejar de decir aquí cuatro palabras. El uno es el suicidio, y el otro es el duelo. Dejando que los traten con más amplitud los filósofos que han escrito expresamente de ellos, aduciré aquí sólo los sofismas con que se pretenden excusar ó defender el uno y el otro de dichos abusos.

I. *La vida es un don, y no está obligado uno á recibirlo.* Ante todo, ¿es completamente verdadera la primer parte de la proposicion? Encierra, por el contrario, una falsedad evidente, y sólo es un sofisma que ampara una iniquidad. Se dice que la vida es un don, para significar que sólo es tal cuando verdaderamente es también un don; porque además es un préstamo, un contrato oneroso, una obligacion. Ahora bien. Si fuese sólo un don, podría admitirse la consecuencia de que podría rechazarse; pero la consecuencia no se sigue, siendo también una obligacion contraída y un deber. Tal es precisamente nuestro caso. Hános dado Dios la vida, pero no sin determinar el uso en que la quiere empleada, por lo cual nadie puede con razon disponer de ella á su antojo.

El oficio agregado á ella es completamente necesario y obligatorio. Así como Dios no puede hacer ningún don á los hombres que no sirva, por último, para magnificar su grandeza, su sabiduría, su